ENFERMEDAD, MUERTE Y ENTIERRO DEL REY D. FELIPE IV DE ESPAÑA

CARTA escrita por D. Jerónimo Mazcaseñas, Obispo electo de Leyria, del Consejo Supremo de Portugal y Sumiller de Cortina de Su Majestad, al Duque de Medinaceli (1).

EXCMO. SEÑOR:

Recibí la de V. E. de 15 de este y no me es permitido alegrarme en esta ocasión con las buenas nuevas de V. E., ni afirmarle que yo quedo con ella, aviéndonos faltado a todos la salud universal de esta Monarquía con la muerte del Rey Nuestro Señor, sucedida el jueves pasado, 17 del corriente, a las cuatro y cuarto de la mañana, día en que la Iglesia celebra el Dulcísimo Nombre de María, de quien este gran monarca fué tiernamente devoto. Juzgo tendrá V. E. muchas relaciones de enfermedad y muerte de Su Majestad y de personas más advertidas en reparar las circunstancias de semejantes accidentes, pero habiendo yo puesto en la memoria las más sustanciales que se me ofrecieron aquellos días, por asistir continuamente en Palacio como criado de su Majestad, que esté en el cielo, me pareció lograrlas en esta carta; y si acaso en ella no hallase V. E. las noticias que tendrá en otras, puede servirse a lo menos de estimar la buena voluntad, con que dispuse esta relación, que quizá sirva por anticipada, si los otros con la turbación y embarazos de estos días reservaron las suyas para otra estafeta.

Sábado 12 de este mes de Septiembre, día de San Leonisio y compañeros mártires, amaneció Su Majestad con el vientre largo y con más unas cámaras fecales, que perseveraron todo este día. Vióle el Doctor Bravo, que era de semana y preguntándole Su Majestad si se levantaría le respondió que sí las cámaras cesasen antes de las diez lo podría hacer; pero que si no cesaren, en ninguna manera hiciese movimiento.

(1) De una copia manuscrita existente en la Biblioteca Universitaria de Granada. Colección Montenegro, Tomo 7.º

Quedóse en la cama porque no cesó la causa y preguntándole el Marqués de Aytona como se hallaba le respondió: esto va caminando muy apriesa. Pasó todo aquél día, como he dicho, con las cámaras y a la noche queriendo cenar, dijo Su Majestad al Doctor Bravo: siento postradas todas las facultades y solamente el estómago y la cabeza han quedado. El le respondió: Sí. Señor; bien me parece que hasta ahora está buena la cabeza y el estómago; querrá Dios que se mejore lo demás. Cenó Su Majestad bien y bebió mejor; y después de haber acabado dijo al mismo Doctor: mejor y más he cenado de lo que pensaba; y él le respondió: también V. M. ha bebido bien y más de lo que pensábamos; y habiendo entendido porqué lo decia replicó: no hay hombre cuerdo a cavallo. Recogióse poco después. pero pasó muy mala noche con la continuación de los cursos, porque en toda ella estuvo desvelado.

Domingo 13, día de San Felipe, Julián y Compañeros Mártires, amaneció Su Majestad con calentura. que por decirlo una vez, perseveró hasta la muerte sin limpiarse: y este día se mudaron las cámaras en diarrea de humores coléricos, que la noche inmediata siguiente se mudó en flujo hepático de sangre y cesando la evacuación de humores coléricos, quedó solamente en cámaras de sangre. En este tiempo y algunos días antes la orina había sido también sanguinolenta; y en los dos últimos días en particular muy frecuentes las evacuaciones de sangre por el vientre y por la orina y tanto que pareció se había desangrado enteramente por esas dos vias; y a este tiempo se habían hecho diferentes juntas de los Médicos de Cámara, en presencia del Duque de Medina de las Torres, a quien tocaba presidir a ellas por el oficio de Sumiller de Corps; y aunque en todas concordaron en el peligro de S. M., pero particularmente en la que se hizo este día, antes de anochecer, conformaron también en que la enfermedad en el sujeto del Rey Nuestro Señor mostraba ser mortal, y que seria conveniente se procurase que recibiere el Viático; pero esta diligencia se dilató, porque habiendo vuelto los médicos a tomar el pulso en orden a esto mismo, juzgaron que se podía esperar hasta el otro día, sin decirlo al Rey, como en efecto se esperó. Mas S. M. reconociendo mejor que todos el peligro en que se hallaba, hizo llamar esta noche a D. Blasco de Loyola, Secretario de la negociación universal, y le declaró lo que de nuevo añadía en su testamento, para que lo tuviese escrito y pudiese otorgarlo el día siguiente ante el mesmo; y en orden a esto mandó se le pasase luego título de escribano real, para que al otro día por la mañana estuviese todo dispuesto de manera que quedase este cuidado aparte. Díjole las cláusulas que de nuevo añadia, que aunque dicen hizo codicilo, no

fué así, sino un mesmo testamento con declaraciones de que necesitaba, como se dirá adelante, y habiéndolo prevenido, se recogió pasando la noche de la misma manera que la antecedente y poniéndose cada instante en mayor flaqueza y peligro.

Lunes 14, día de la Exaltación de Santa Cruz, amaneció el Rey Nuestro Señor, no solamente sin memoria, sino mucho más agravado del mal. Entró luego D. Blasco de Loyola con el testamento dispuesto en la forma que S. M. había mandado y firmado en su Real presencia con la estampilla, le mandó cerrar para otorgarle después delante de los testigos instrumentales. Hízose luego por la mañana Junta de médicos, y el Duque de Medina de las Torres hizo llamar a los dos confesores del Rey y de la Reina para que se hallasen presentes a ella. Resolviose que se diese a S. M. el Viático; y aunque su confesor rehusaba darle el aviso, le hicieron entender que le tocaba y allanándose a ejecutar esta función, que a nadie podrá dejar de ser violenta, dijo en buena forma a S. M. lo que habían decretado los médicos; el cual recibió el aviso sin alteración alguna, antes conformándose en que fuese luego. Como tan católico Príncipe, se confesó y esta fué la última vez que ejerció el oficio de confesor suyo el P. Fray Juan Martínez. Quiso primero oir misa; y para esto, le armaron luego altar en el mismo aposento, y queriendo vestirse para decirla el Cura de San Juan, Capellán de Honor que era semanero, le ganó el lugar el Padre confesor y quitándose la capa empezó a vestirse, a lo que el otro, aunque se lo advirtió, no replicó por no hacer ruido delante de S. M.; mas lo cierto es que tenía razón, porque al confesor no toca decir misa a S. M., sino cuando en ella se le de la Comunión, pero no habiendo de dársela, toca a los Capellanes de Honor el decirla.

Estaba ya todo prevenido en la Capilla para cuando S. M. pidiese el Viático, y a poco más de las nueve se pidió. Preguntóle el Patriarca si quería que se le trujesen en público o en secreto, y respondió que en público, porque quería que todos supiesen el estado en que estaba, para que sus vasallos le encomendasen a Dios. Con esto se dió orden para que el Santísimo saliese, como salió, en público por los corredores de Palacio, cantando la música de la Capilla el himno *Pange lingua*, llevando el Santísimo el Patriarca y las varas del Palio los Capellanes de Honor, y velas, además de las hachas de los pajes, los pocos criados que a aquella hora se hallaban presentes, por no tenerse hasta entonces noticia de esta función, ni del aprieto grande en que el Rey estaba; y así las tomaron el Conde de Castrillo, el Duque de Montalvo, el Marqués de Velada, el Marqués de Malpica, el de Salinas, Capitán de la Guardia, el Conde del Real y Sumiller de Cortina, D. Antonio de Benavides, don

Fernando Dávila, Deán de Málaga y yo que me hallaba en el Consejo de Portugal, a donde fueron a avisarme, y algunos otros criados, de que no me acuerdo y fueron después concurriendo sucesivamente, y muchos capellanes de S. M. que fueron llamados y algunos predicadores suyos, que acaso se hallaron en Palacio, entre los cuales estaba el P. General de San Francisco.

Salió la procesión de la Capilla por el Corredor Alto y bajando por la escalera principal, asistida ya de gran concurso por ser la hora de la salida de los Consejos, en el cual se echó de ver gran sentimiento y ternura, y entró por la sala de la guardia del cuarto bajo, donde el Rey se hallaba, hasta su aposento, en el cual entraron solamente los que en él tenían entrada, y los demás de los eclesiásticos. Recibió S. M. el Viático con grande ternura y devoción, sentado en la cama, sustentándole la almohada, a que estaba arrimado, los Condes de Medellín y de Talavera; y repitiendo todas las palabras con grande distinción y pausa. Acabada esta función y habiéndose retirado S. M. un poco con Dios, trató luego de su testamento y hizo llamar a D. Blasco de Loyola y a los testigos instrumentales, que fueron el Conde de Castril, el Duque de Alba, el Duque de Medina de las Torres, el Marqués de Aytona, el Conde de Medellín, el Vicecanciller de Aragón, y delante de ellos otorgó su testamento cerrado, con la solemnidad que se acostumbra, para que se abriese después de su muerte. Puesto este cuidado a un lado, pidió la vianda y comió bastantemente, después reposó un largo espacio, mostrando tener alguna mejoría, porque a este punto de haber ya reposado, que sería a la una, habían cesado las cámaras por más de dos horas antes; mas luego volvieron a continuar, y con ellas se aseguró del todo ser la enfermedad mortal, porque las fuerzas del Rey estaban ya totalmente postradas.

Parece que el cansancio del P. Confesor o el sentimiento del mal de S. M. no le dieron lugar a asistirle cuando convenía; y valiéndose de la ocasión algunos camaristas, hicieron llamar con mucha priesa al Padre Fray Juan de Santa María, bernardo descalzo, religioso bien opinado en la virtud, y por esta causa, bien introducido en la Corte; y previniendo a S. M. (que tenía de él bastante conocimiento) de que convenía mucho tenerle a su lado, le introdujeron dentro en el aposento, y desde esta hora hasta la muerte de S. M. le asistió, confesándole esta tarde, y dicen que generalmente, y de aquí en adelante le reconcilió varias veces. Ya de antes asistía también al lado de S. M. Fray Antonio del Castillo, religioso de la Orden de San Francisco y Comisario General de la Tierra Santa; pero éste no hubo menester padrinos para la introducción, porque de muchos años a esta parte la tiene grande en Palacio, particu-

larmente en el cuarto de la Reina Nuestra Señora; y así a todas horas, estando el Rey sano o enfermo, entraba siempre que quería, sin reserva de aposento, hasta el último de la cama. Estos dos religiosos empezaron a asistir a S. M. y asistieron continuamente sin apartarse de su cama, ayudándole con devociones y actos de amor a Dios y penitencia, con que el Rey mostró recibir mucho consuelo.

Mas doblósele con la entrada del P. Confesor de la Reina Nuestra Señora, el P. Juan de Everardo, de la Compañía de Jesús, que, aunque continuamente entraba a ver a S. M., no podía asistir permanentemente por querer la Majestad de la Reina saber por instantes los términos de la enfermedad; pero ya a este tiempo le pareció ser más asistente, y llegándose a S. M. le preguntó cómo se hallaba, a que respondió: Padre confesor, muy aprisa camino. El entonces se levantó, y como tan prudente y docto, consoló mucho a S. M. y en sustancia le dijo que Dios se había de servir de poner los ojos de su Misericordia en esta Monarquía, que tanto necesitaba de su vida, para darle la salud que sus vasallos deseaban; que la enfermedad, aunque sumamente peligrosa, podía dar esperanzas de que no nos faltase su amparo; que S. M. se alentase obedeciendo a la Medicina, para que pudiesen obrar los remedios y diligencias humanas; que las oraciones de su pueblo, lloroso y afligido por su mal, podían ser muy poderosas con Dios; que las Santas Imágenes y Cuerpos Santos se prevenían ya para salir por las calles de Madrid para interceder por tan deseada salud; y a este tono le fué diciendo otras cosas muy discretas, en orden a que no se desalentase en las esperanzas de la vida.

Pero inmediatamente hizo tránsito a lo más importante, y encendiéndose en todo el espíritu del ministerio de su Santa Religión, le dijo que todo esto nos importaba a nosotros por lo mucho que dependíamos de su vida; pero que lo que importaba a S. M. era, no sólo conformarse con la voluntad de Dios en lo que dispusiese de ella, sino suplicarle le aliviase de los trabajos de este mundo y de la pesada carga de una monarquía. Entonces puso en su real consideración los afanes y disgustos que había padecido en cuarenta y cuatro años de su Reinado, y que todo esto lo podría trocar brevemente por un Reino Eterno y sin zozobra; pintóle las delicias de la Gloria con palabras afectuosas y santas; la confianza que podía tener de alcanzarla, por su incomparable celo de la Religión Católica; por lo mucho que había gastado en su defensa; por la obediencia incomparable e incorrupta a la Iglesia Romana; y en este sentido le dijo otras muchas cosas, con que S. M. cobró notable aliento, mostrando desear antes la muerte, que la vida. Luego pasó a hacer actos de fe, de esperanza y de amor a Dios, harto tiernos; y habiendo durado

éstos larga media hora, cesó porque S. M. descansase. A este tiempo entró el P. Confesor de S. M., que había ido a su Convento, y hallando el puesto que le tocaba tan ocupado, se llegó a la cama y quiso hablar con S. M., y reconociendo él, sin alterarse, ni mostrar demasiado desabrimiento, aunque en el efecto lo fué, le dijo: apartáos allá, Padre; sentencia con que le cortó de manera que luego se salió y nunca más se puso delante de S. M.; y si bien volvió a entrar muchas veces en el aposento, siempre se ponía detrás de la cama y si quería ver a S. M. era por entre cortina y cortina de ella, sin que S. M. le viese; y tras esto no le faltaron desaires de los otros, muy ordinarios en semejantes ocasiones con un desvalido. Entonces Fray Antonio del Castillo hizo llamar al aposento donde el Rey estaba, a todos los Grandes, Consejeros de Estado y otros Ministros Superiores, que a la sazón se hallaban en aquel cuarto; y entrados todos, tomó en las manos una imagen de Cristo Crucificado, aquella misma con que murieron el Emperador Carlos V, el Rey D. Felipe II, el Rey D. Felipe III y ahora S. M., y con celo apostólico, en voz del Rey Nuestro Señor, a quien vino primero para este acto, les exortó a la paz y conformidad entre sí mismos, al servicio del Príncipe, Rey futuro, y de la Reina su madre, pidióles perdón de parte de S. M. si acaso estaban ofendidos de él en algo, y les declaró el perdón de todas las ofensas que le hubiesen hecho. La plática no fué elegante ni pulida, pero fué santa y tierna, y las circunstancias de ser en nombre de un monarca tan grande, y en aquel estado, en presencia de la Imagen de Jesucristo Crucificado, y ésta en manos de un religioso franciscano bien reputado en la virtud, fueron bastantes no sólo para que el mismo religioso se enterneciese y llorase y tras él todos los que se hallaron presentes, los cuales con muchas lágrimas se postraron a los pies de Su Majestad, como despidiéndose de él, y se salieron.

Esta tarde le mandaron los médicos una bebida de polvos de coral, que debió de estar tan bien templada y fresca, que, acabando de beber se volvió a ellos y les dijo: dos horas más de vida me habeis dado en esta bebida; Dios os lo pague: pero cuando llegó la noche había ya S. M. perdido mucha tierra en la salud, porque los cursos continuaron y la calentura no cesaba; con que cada vez más se iba postrando, pero no en los sentidos, que estos estuvieron siempre firmes. Por tres veces pidió esta tarde y noche el Sacramento de la Extrema Unción; pero preguntándose a los médicos si se la darían, le tomaron el pulso y todos convinieron contestando que S. M. viviría por todo el día siguiente; y por la mañana se la podrían dar, si no sobreviniese nuevo accidente. A boca de noche mostró deseo S. M. y devoción de que le trujesen el Cuerpo de San Diego de Alcalá, de que luego el Marqués de Aytona

dió aviso al General de San Francisco, que estaba en el aposento de afuera, dando orden de que le diesen dos coches de la caballería de la Reina. El General se fué luego a su convento, y al instante despachó a esta diligencia al P. Fray José de la Cruz, Provincial de esta provincia, el cual lo hizo tan prontamente, que a las cuatro de la mañana del día siguiente estaba con el santo cuerpo en Palacio. Esta misma noche la villa de Madrid sacó en procesión el cuerpo del glorioso San Isidro, de la iglesia de San Andrés, donde está colocado y le llevó a Santa María, acompañado de la misma villa y del Cabildo Eclesiástico de esta Corte, grande multitud de gente con luces y notable concurso de pueblo.

Martes 15 día de San Nicomedes, Obispo y mártir. Luego que S. M. despertó le entraron los religiosos de San Francisco con su General en el mismo aposento de su cama, el cuerpo del bienaventurado San Diego de Alcalá, en la misma caja de plata en que está colocado; dijeron las preces ordinarias y S. M. mostró recibir grande consuelo con tan buena visita. También esta mañana salió en procesión la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Atocha, sacándola la villa de su casa, acompañada de la Religión de Santo Domingo y de innumerables luces, con que concurrieron los devotos. Vino por la calle de Atocha a la plaza; de la plaza a la Platería: de la Platería a Santa María; y a las nueve pasó por las puertas y fachada de Palacio y fué llevada al convento real de las Descalzas: y aunque tenía prevenido todo el adorno para ser puesta en el altar mayor, se puso en medio del cuerpo de la Iglesia, donde estuvo hasta que se volvió a su casa.

Continuó S. M. esta noche y mañana conocidamente en perder la vida; porque ni la calentura, ni las evacuaciones de sangre, por ambas vías, cesaban. Mostró deseo y devoción de comulgar y queriendo el Marqués de Aytona dar orden al Patriarca para que lo dispusiere, acudió el P. Confesor del Rey y dijo que no se le podía dar la comunión, no estando ayuno y habiendo recibido ya el Viático; y respondiendo el Marqués que sí le podía por opinión muy recibida y platicada, se trabaron en la porfía, hasta llegar a palabras algo descompuestas. Sucedió lo mismo al P. confesor en el aposento de afuera, donde estaba lo más granado y docto de las religiones y curas de Madrid, porque no halló uno tan sólo de su parte; y en particular rifaron él y el confesor de la Reina, que prontamente platicó el punto con grande distinción, refiriendo lo que cada autor escribía sobre él; pero no bastó para que no llegasen también a descomponerse algo en palabras, ni se piense que se excedió de la profesión religiosa. Referiré formalmente las últimas. Dijo el confesor del Rey: Vuestra Reverencia cuide del alma que está a su cargo, que yo daré cuenta de la que me toca. A que el de la Reina respondió:

siempre que se me preguntare algo, debo responder en cortesía; y siempre que respondiere debo decir lo que entiendo. Y con esto se apartaron. Lo cierto de este caso es, lo primero, que esta duda no tocaba al P. Confesor del Rey, sino al Ordinario de Palacio, que es el Patriarca y a su cura; y que estaban a su lado los más doctos curas de Madrid para encaminarle en funciones tan importantes. Lo segundo que hizo novedad [es] que se dudase dar a S. M. el consuelo que pedía, no se negando a los enfermos de los hospitales, ni a los religiosos en sus enfermerías, donde constantemente se platica con las circunstancias y formalidades que previenen los autores, que sin duda concurrían en el caso presente. El espacio que ocupó la porfía de esta duda bastó para que llegase el tiempo en que dijeron los médicos necesitaba S. M. de comer y recogerse un poco, con que fué preciso ejecutarlo, quedando sin el consuelo que tanto deseaba. Comió luego un poco de gigote, con buena gana, y una panetela y bebió y luego se puso a reposar; pero perdiendo siempre conocidamente en la salud, porque no cesaban las causas de su mal.

Esta mañana llegó a Madrid el Serenísimo Señor D. Juan de Austria, no habiendo podido llegar antes porque salió el aviso de aquí el domingo antecedente, a medio día. Luego que le tuvo, tomó posta y llegó esta madrugada; apeóse en casa del Marqués de Cerralbo, su caballerizo mayor, sin dejarse ver de persona alguna, sino de los criados suyos que aquí se hallaban; y pudiendo entrarse derechamente en Palacio a ver a su padre, hizo una diligencia que generalmente pareció excusada, si bien mostró en ella su grande capacidad y rendimiento; porque teniendo licencia general del Rey su padre para que viniese a verle siempre que quisiese, y siendo este el caso en que si no la tuviera no necesitara de ella; antes bien vista de todos semejante acción, se resolvió en escribir dos papeles, uno a la Reina, Nuestra Señora, y otro al Conde de Castrillo, en los cuales daba cuenta de su llegada y de la causa de ella, que era venir a tomar la bendición del Rey Nuestro Señor Lo que con estos papeles pasó, en lo secreto, se sabrá con toda claridad el día del juicio; lo que resultó en lo público, fué respondérsele que ya el Rey estaba en estado que no podía recibir la visita. La Reina Nuestra Señora tenía cuidado que más le apretase, que el de una respuesta tan seca sin causa. El Rey Nuestro Señor quería tiernamente a este hijo; y Su Alteza, sin embargo, quedó privado del derecho natural de recibir la última bendición de su padre; pero recibió esta respuesta con sumo rendimiento, y, aunque fué aconsejado se detuviese más en la Corte para descansar del trabajo de la jornada, no quiso hacerlo y se volvió la noche de este mismo día para Consuegra, partiendo a la una, después de media noche.

Después que S. M. acabó de reposar, reconocieron los médicos, y él

mejor que todos, que el fin de su vida se iba acercando; y así pidió que le diesen la Extrema Unción, y los médicos mandaron que se le diese; y se ejecutó a las cuatro de la tarde, administrándosela también el Patriarca, como Ordinario de Palacio; y el Rey recibió este Sacramento con gran devoción y ternura y tan entero en sus sentidos, que él mismo iba señalando las partes en que se había de poner el Santo Oleo, como si toda su vida hubiera visto ministrar este Sacramento, grande prueba de lo bien que se había puesto en las ceremonias de la Iglesia y en todas sus significaciones y misterios. Como príncipe tan católico, fué acto en que todos los que estaban presentes derramaron muchas lágrimas y se vió en el estado en que la enfermedad había puesto al Rey; porque aunque el rostro hasta este punto y hasta la muerte estuvo tan entero como cuando sano, al descubrir los pechos se le contaban todas las costillas y se reconoció la flaqueza en que estaba todo el cuerpo.

Estuvo un largo rato en reposo, después de haber recibido este sacramento; y entonces dijo que quería despedirse de la Reina y de sus hijos; y bien era menester toda la ternura que allí se experimentó en todos, para saberlo referir después. Entró primero el Príncipe Nuestro Señor con el buen semblante de su inocencia, y sacando su padre la mano, se la dió a besar saltándole las lágrimas con el dolor del apartamiento. Díjole algunas palabras que no se percibieron de los circunstantes, más por la turbación de los que miraban este espectáculo, que por la que tuviese el que las decía; pero las que clara y distintamente se le oyeron al alzar la mano para echarle la bendición, fueron estas: Hijo, Dios, por su divina misericordia, os haga más dichoso que a mí. Y dichas ellas, clavó los ojos en el cielo, permitiendo que se quitasen de delante. Después de este lastimoso acto entró la S.ª Emperatriz, que ya con el sentimiento, a que le da lugar su edad, hizo la despedida con muchas lágrimas; y derramando el Rey no pocas, la encomendó que sirviese toda la vida con grande veneración, respeto y obediencia a su madre y que encomendase mucho su alma a Dios, con otras muchas palabras muy tiernas, que en todos causaron gran dolor; y habiéndole echado la bendición, alzó segunda vez los ojos al cielo, como quien le ofrecía aquél tormento; y entre tanto, se la quitaron de su real presencia, dando lugar a que entrase la Reina N. S., a tiempo que ya el aposento estaba del todo desocupado, y entonçes no sé decir lo que pasó; porque nadie vía más que sus propias lágrimas, ni oía más que sus mismos sollozos; y después de un largo espacio, que duraría media hora, cuando volvieron en sí a ver lo que pasaba, ya todo era pasado y la Reina se había recogido, quedando el Rey en aquella misma serenidad y majestad de rostro, que tenía cuando estaba sano, y con los religiosos ya a su lado, que le

estaban confortando, en tan grande pena; habiendo ya crecido el número de ellos, no hablando del P. Confesor de la Reina, que entraba y asistía a todas horas y tres noches durmió en aquel cuarto, saliendo de cuando en cuando al de la Reina, a hacer la relación de todo, siendo cierto que siempre se le dijo la verdad del estado en que iba la enfermedad y estaba el Rey N. S.; con que ninguna cosa la cogió de susto hasta la última nueva de su muerte.

Sobre la tarde y parte de la noche se halló S. M. con alguna mejoría, si bien los médicos estuvieron siempre firmes en que no podía vivir, sino por milagro y que esta mejoría venía a ser de día más o menos de vida. Luego volvió el mal a su curso ordinario, con que fué preciso asistiesen más algunos religiosos en el mismo aposento, que mientras S. M. estuvo despierto, le estuvieron ayudando con devotas oraciones y actos de virtudes, reconciliándose algunas veces, mas siempre con Fray Juan de Santa María; aunque algunos procuraron tomar su baño de confesores, que sirviese a lo menos para la inscripción de su sepultura, preguntando intrépidamente a S. M. si se hallaba con algún escrúpulo, que le reconciliarían: pero S. M. estuvo siempre tan advertido y tan entero en sus sentidos, que a estos respondió que se hallaba quieto, y si le sobrevenía algún escrúpulo, llamaba a Fray Juan de Santa María y se reconciliaba con él.

Miércoles 16, día de San Cornelio Mártir, habiendo pasado S. M. la noche con más trabajo, aun que las antecedentes, por tener ya la naturaleza totalmente postrada por la continua evacuación de sangre y la calentura. Entró en este día con vida, fuera de la esperanza de los médicos, pero con el juicio y sentidos tan enteros como siempre. Fué cargando el mal, sustentándose solamente con sustancias y remedios confortativos, y en medio de tantas penas se acordó solamente del consuelo que deseaba en recibir a Dios Sacramentado. Al instante se le armó el altar y se vistió para decir misa el cura de San Juan; dijola y en ella le dió la Sagrada Comunión, mandando S. M. que le ayudasen a sentarse en la cama para recibirla con más decencia, y así se hizo sustentándole con una almohada el Conde de Tajara; y porque vió que no estaba bien vuelto el rostro al altar, dijo que le volviesen más a él, como se hizo. Todas las palabras del *Domine, non sum dignus* repitió muy clara y distintamente y con suspiros, que le salieron de lo íntimo del corazón y demostraciones de suma devoción, recibió aquél Pan Celestial, recogiéndose en tan profunda contemplación de tan grande beneficio. Sería esto ya más de las diez del día cuando prosiguieron en socorrerle con continuas sustancias, para dilatarle la muerte; y si él entonces pidiera a sus vasallos un donativo de vida y pendiera de su

voluntad, ¡oh cuantos nos despojáramos de las nuestras para prolongar la de este gran monarca, que tan huérfanos nos dejó a todos!

Entonces empezó a despedirse de los Grandes, de los Consejeros de Estado y de los criados que estaban presentes; llegando uno por uno de rodillas a su cama con muchas lágrimas y dolor; y cuando los que quedaban con vida habían perdido la habla, él que se acercaba a la muerte habló a todos, diciendo a cada uno cosa particular. No es posible referir a V. E. con el poco tiempo que tengo para escribir esta relación todo lo que pasó con cada uno de estos vasallos; pero por muestra del consuelo que quiso dar a todos y de cómo la entereza de aquel juicio se acomodó con el sujeto de cada uno en particular, diré lo que pasó con dos solamente. Al de Medina de las Torres favoreció más, conforme a su calidad, grandes méritos y servicios; y al despedirse le dijo: ay, Duque, qué grande amigo perdéis en mí. Al Almirante de Castilla recibió con grande estimación; díjole cuanto le estimaba por su casa; y que por su persona cuán en la memoria tenía la gran lealtad de sus pasados y que esperaba la continuaría como ellos lo hicieron siempre con los Señores Reyes, sus predecesores. De esta suerte fué hablando a todos, enterneciéndoles tanto, que a la despedida, por no poder sufrir el ímpetu de los sollozos, salían gritando a los aposentos de afuera y dando leña al fuego de las lágrimas de los otros. El cómo esto fué no se sabe escribir después; juzgue de lo poco referido qué sería de lo demás que falta.

Habiendo puesto S. M. a una parte todos cuidados, tan bien advertidos y descartádose de todo lo que tocaba al mundo, se volvió enteramente a Dios. Entonces pidió aquella santa Imagen de Jesucristo Crucificado, con que murieron [teniéndola] en sus reales manos, su padre, su abuelo y bisabuelo y que S. M. deja ahora en cláusula particular en el testamento a su hijo, para el mismo efecto. La cual se la ministró el confesor de la Reina Nuestra Señora, puesto a su lado, en quien perseveró siempre delante de su Señor y Redentor, pareció aquel gran monarca el más humilde de los hombres en quien brotó toda la Fe de la augustísima Casa de Austria, en quien se vió lo católico de los Reyes de España, de quien finalmente se pudo aprender a bien morir. Mucho decía el confesor docta y devotamente; pero juzgo que mucho más aprendió, estando admirablemente. De esta suerte fué pasando a ratos y descansando, siempre con el sentido en lo que más importaba, perdiendo por momentos las fuerzas, hasta que los ojos lánguidos y moribundos obligaron a que le metieran en la mano la vela bendita y entonces empezaron los religiosos que estaban presentes a decirle la recomendación del alma, que, porque la muerte se dilató muchas horas, fué por muchas veces repetida, no cesando en toda la noche ni el rezo de los ejercicios, con

que en la tarde de antes entró en las agonías de la muerte, ni el confesor de la Reina en ayudarle, teniéndole ya en sus brazos, sin perder punto en lo que importaba a la salvación del Rey.

Parece le dilataba Dios la vida algunas horas fuera de la esperanza de todos para sacarle de los días de los mártires, como fueron todos los antecedentes, desde que empezó la enfermedad, a un Rey tan mártir: mártir por la defensa de la Iglesia; mártir por traiciones de sus vasallos y mártir por excesos de sus ministros; porque entrase en la gloria hoy 17 del corriente, día en que la Iglesia Católica celebra la fiesta del Dulcísimo Nombre de María, que en su mesmo reinado y a petición de Su Majestad se instituyó en este Arzobispado de Toledo, el año de 1623 por bula de Gregorio XV; así como también es día dedicado al Santísimo Sacramento del Altar, misterio de que fué tan tiernamente devoto el Rey Nuestro Señor; que desde la media noche en adelante continuó en el mismo estado y en brazos del confesor de la Reina, que le estaba ayudando siempre, con afectuosísimos actos de Fe y de Esperanza y Amor de Dios, con varias repeticiones del Símbolo y de las oraciones de la Iglesia, dulcísimos coloquios con la Reina de los cielos y con los Santos de la Gloria, para que le ayudasen en tan peligroso trance; y en particular con Jesucristo Crucificado, que todavía sustentaba en la mano; ejercicios en que sin cesar se fué continuando, hasta los tres cuartos para las cuatro de la mañana, que fué el punto en que del todo perdió Su Majestad los sentidos; y en este estado se conservó hasta las cuatro y un cuarto, punto en que expiró, entregando su alma en las manos de nuestro Redentor con grandes esperanzas de todos que sería para darle su eterno descanso, que bien podemos prometernos de tan ajustada y tan católica muerte. Así pudiéramos remediar el desamparo, en que dejó a toda esta monarquía.

Murió S. M. en paz; pero no *cunctis compositis*, de edad de sesenta años, cinco meses y ocho días; habiendo reinado cuarenta y cuatro años, cinco meses y diez y seis días; nació en Valladolid, Viernes Santo, ocho de Abril de 1605; fué bautizado en el Convento de San Pablo de la orden de Predicadores, en 20 de Mayo por mano de D. Bernardo de Sandoval y Rojas y se llamó Hipólito, Domingo, Víctor de la Cruz; fué jurado en Madrid en el Convento Real de San Jerónimo en 13 de Junio de 1608, siendo de edad de dos años, diez meses y cinco días; sucedió en el Reino a 31 de Marzo de 1621, siendo de 16 años menos 8 días y murió en 17 de Septiembre de este corriente año de 1665, dejando por universal heredero y sucesor de su Monarquía al Serenísimo Príncipe D. Carlos, ya Rey Carlos II de este nombre, no habiendo sucedido en Castilla gobierno de menor edad del Rey, de 259 años a esta parte, desde el Rey

don Juan el Segundo, que sucedió en el reino de edad de 22 meses, por muerte del rey D. Enrique III, su padre, que fué en 25 de Diciembre de 1406, y hacen los referidos 259 años, menos 3 meses y 8 días; y en 6 de Noviembre había muerto el papa Inocencio VII y sido electo en 30 del mismo Gregorio duodécimo, circunstancia que se previene y advierte por si acaso fuese cierta la nueva que corre de ser muerto el Sumo Pontífice.

Luego que el Rey expiró, el padre confesor de la Reina, que le tenía en sus brazos, compuso su cuerpo y dando lugar a que los criados para que hicieran lo demás y sin detenerse, subió al cuarto alto y dijo luego misa por el alma de S. M., poniéndose en paraje, que llamando la Reina, pudiese entrar a darle la nueva. Mas como S. M. no reposaba con el grande cuidado que tenía, advirtió que clamoreaban a aquella hora en una Iglesia vecina, y llamó con grande prisa; con que su confesor tuvo lugar de entrar y notificarle la sentencia, que recibió con grande dolor y muestras de sentimiento; pero no con menos valor para el futuro gobierno, siendo la primera palabra que en orden a esto dijo, que deseaba entrar en él, aliviando a sus vasallos que le decían padecían mucho.

Al punto que se dijo que el Rey había expirado, el Marqués de Salinas, Capitán de la Guarda, la sacó de aquél cuarto y subió con ella al de la Reina, a cuya puerta la puso, porque se hallaba allí el Rey Don Carlos N. S. y luego entraron los médicos y cirujanos a embalsamar el cuerpo del Rey N. S. (que esté en el cielo) mudándole para este efecto de la cama a otra parte acomodada, en que se pudiese hacer esta diligencia, que se hizo y se vió bien en ella la miseria humana, pero no puedo detenerme en consideraciones. Abriéronle las entrañas, que habiendo sido siempre tan buenas, no desdijeron en la experiencia de ahora, aunque por los achaques se presumía y se esperaba lo contrario. Solamente el bazo se halló muy consumido y arrimada a él una piedra del tamaño de una nuez grande con mucha materia por la parte que se unían. Embalsamáronle y lavaron el cuerpo y le pusieron en toda buena forma y entonces fué mudado de este aposento al despacho del mismo cuarto bajo, donde estaba ya prevenida una cama para este efecto, así por ser la pieza mayor, como por tener ventanas a mejor aire, para que estando allí con más decencia y menos sujeto a corrupción, se previniese el salón en que había de aparecer en público. Y aunque los Consejos concurrieron esta mañana a sus tribunales, en ninguno se despachó por haber cesado la jurisdicción de todos con la muerte del Rey; y también porque harto había que disponer en cada uno sobre los lutos y demás funciones que se seguían.

Empezó esta mañana a concurrir toda la corte a Palacio y Don Blasco de Loyola convocó al Consejo de Cámara para que se abriese en su presencia el testamento de S. M. siendo los que concurrieron a este acto, el Presidente de Castilla, Don Antonio de Contreras, Don José González, Don Juan Carvajal y Landi y Don Pedro de Guzmán, faltando solamente D. Juan de Góngora por estar enfermo. Fueron también convocados los Grandes, los Presidentes y los testigos instrumentales para que se hallasen presentes; y sin estos asistió gran número de títulos y mucha nobleza y ministros. Esperóse a que llamase la Reina para pedirle licencia para ejecutar esta función y habiendo llamado a las nueve, poco antes de las diez bajó el Consejo de Cámara al cuarto bajo, donde el Cuerpo del Rey estaba, y allí en presencia de todo este concurso fué leído en voz alta y inteligible el testamento de S. M., que consta de muchos pliegos, y así referiré solamente la sustancia de algunas cláusulas que son más de esta ocasión. Dejó por universal heredero de sus reinos al Serenísimo Príncipe, Don Carlos, su hijo y por tutora de él y gobernadora de ellos a la Reina N. S. su madre. Llama en primer lugar a la herencia de sus reinos a la línea legítima; en segundo lugar a la Sra. Infanta D.ª Margarita de Austria, concertada casar con Leopoldo primero, Emperador de Alemania y a toda su descendencia; en tercer lugar al mismo Emperador Leopoldo, a falta de estas dos líneas; y en cuarto lugar al Duque de Saboya. En falta de las tres, declara que si la Sra. Reina de Francia, excluida por la renuncia de su derecho en algún tiempo viniese a vivir a España y acá se casare, y tuviese sucesión de segundo matrimonio, tenga precedencia en la sucesión de estos reinos esta línea a las otras, por falta de sucesión del Príncipe Don Carlos. Tiene cláusula particular el Príncipe Don Juan de Austria en este testamento, en que S. M. dice cuanto le ama, así por ser hijo suyo, como por sus muchas partes y valor. Encarga mucho a la Reina N. S. le estime, favorezca y emplee en su servicio; y que si el Sr. Don Juan quisiere vivir en la Corte, pueda hacerlo; y si no tuviese lo bastante para sustentar la autoridad de quien es, S. M. le dé lo que le pareciere necesario para su lucimiento.

Nombra S. M. para el despacho una Junta de asistentes a la Reina N. S., a quienes erradamente llama el pueblo gobernadores, siéndolo solamente la Reina N. S. y estos ministros, consejeros suyos, de que se forma aquella Junta, la cual consta de seis ministros: cuatro, aneja su jurisdicción a su dignidad; y estos son: el Presidente de Castilla, el Arzobispo de Toledo, el Vice Canciller de Aragón, el Inquisidor General; de suerte que el que tuviese cada uno de estos puestos cabalmente ese será el de la Junta, y no, si fuere removido de él. Dice que deja nom-

brados con éstos a un grande y a un Consejero de Estado, y el día antes que otorgase el testamento, para que lo llamó a D. Blasco de Loyola, fué para declararle que añadiese la cláusula de que por Grande nombraba al Marqués de Aytona; y por Consejero de Estado al Conde de Peñaranda; y estos dos son personales. Declara que si Dios fuese servido de llevar a la Reina N. S. en el tiempo de la tutela, estos seis Ministros queden por tutores y curadores de su hijo y gobernadores de estos Reinos. Otras muchas cláusulas contiene el testamento, que además de ser generales, serían largas de referir; y las que he dado cuenta son las que más importan para las noticias que de pronto se necesitan.

Esta tarde bajaron a los Consejos decretos de la Reina N. S. con la prorrogación de jurisdicción; y para que V. E. vea la forma de ellos, pondré aquí la copia del que bajó a nuestro Consejo Supremo de Portugal, que es del tenor siguiente: «Ha sido servido, como el Consejo tiene entendido, de llevarse Dios para sí al Rey N. S. con gran desconsuelo mío, dejándome nombrada por tutora y curadora de la persona del Rey, mi hijo, y Gobernadora de sus Reinos y Señoríos; y habiendo tenido de los Ministros de ese Consejo la satisfacción que mostró en ponerlos en él, huelgo que continúen en su empleo, mientras fuere mi voluntad y no ordenase otra cosa; porque espero servirán al Rey, mi hijo, como son obligados; y para que no pare el curso de los negocios en lo que depende del Consejo, se enviará luego a todos los oficiales, a cuyo cargo está la conformación de sus empleos, conforme al estilo que se acostumbra y se escribirán las cartas y harán los despachos, que se suelen en semejantes cosas. Y el Consejo tendrá por muy encomendada la atención al bien público y buen despacho de los negociantes y negocios; aplicando a esto el cuidado que conviene y a darme cuenta de lo que se hiciere. En Madrid a 17 del presente de 1665.»

Tratóse esta tarde del adorno del aposento, en que el cuerpo de Su Majestad había de parecer en público, que fué el Salón Dorado, pieza de la majestad y grandeza que se necesitaba para semejante ostentación. Hubo competencia entre los dos Conventos Reales de las Descalzas y la Encarnación sobre hacer los altares; queriendo las Descalzas hacerlos todos; pero esto se templó con que ambos conventos los hiciesen, dándose la precedencia en el lugar a las Descalzas; y estando todo prevenido, fué el cuerpo de S. M. subido ocultamente por sus criados a esta pieza y le pusieron en la cama, que estaba prevenida. Esta misma tarde el cuerpo de San Isidoro fué restituido a su casa con procesión general, y también fué llevado a Alcalá el cuerpo de San Diego; siendo mucho para notar que esta reliquia, que tantos favores ha hecho a esta Real Casa, fué traída a esta Corte el año de 61, en 21 de Octubre, por la salud

del Príncipe N. S. Don Felipe Próspero (que goza de Dios); y aunque el Príncipe murió, no salió la Santa Reliquia de Palacio, hasta que nació el Rey Don Carlos N. S. en 6 de Diciembre. De manera que parece remedió la falta de un príncipe con el nacimiento de otro. Ahora fué traído para la enfermedad del Rey; y aunque vió la muerte, no salió de Palacio sin dejarnos al mismo Príncipe ya Rey; y así esperamos en Dios será su intercesión poderosa para conservárnosle; pues a su vista, la primera vez, salió al mundo, y ahora, a su vista, empuñó el cetro.

Viernes 18, día de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, se abrió el Salón Dorado, pieza majestuosa y capaz de semejante espectáculo; aunque no sin embargo de ser tan grande para el concurso que se esperaba de una Corte tan poblada. Apareció colgada con la tapicería de la Conquista de Túnez, que es la que se pone en ella todos los inviernos; y púsose el cadáver de S. M. en una ostentosa cama, vestido de chamelote a musgo de puntas de plata y sombrero blanco, alumbrándole doce blandones, cuatro a las esquinas de la cama y los ocho repartidos por el salón; guardado de los Monteros de Espinosa y dos de ellos de rodillas a las esquinas de los pies de la cama; el uno con una corona en las manos, y el otro con un cetro. Seis altares, tres a cada lado del aposento, convenientemente repartidos y decentísimamente adornados. Al abrir las puertas, ya esperaba mucho pueblo; pero al aviso que estaban abiertas, fué cargando con tanta furia, que rompió las guardas, sin que ellas pudiesen vencer el concurso para que entrase con menos embarazo. Parece que no creían estos vasallos que su Rey era muerto; pero así como iban entrando y por sus mismos ojos le veían difunto, se levantó tal alarido de voces y de sollozos, que parecía que era uno solo el que lloraba, para que se representase en esta unión de voces el sentimiento de toda esta Monarquía. Recobráronse las guardas y ganaron otra vez la puerta; pero sin efecto, porque otra y muchas veces fueron rotas, sin poder vencer el gran concurso del pueblo; con que se previno se abriesen otras puertas interiores de Palacio, para que fuese saliendo por ellas y por otras salas, hasta el zaguanillo; que fué el remedio total, en que el mayor embarazo era de las mujeres.

Y a este tiempo se vían cruzar por las calles de esta Corte todas las Religiones Sagradas que hay en ella, tan copioso número en comunidad, con sus cruces delante, que en su desasimiento del mundo tenían en este caso excepción sus reglas. Fueron entrando en Palacio cada una en diferente tiempo, introduciéndose con harto trabajo en el salón; cantaron sus responsos con mucha solemnidad, decían algunas misas y iban saliendo para dar lugar a las que entraban; y aunque este día no lo hubo para todos, se acabó esta función a las dos de la tarde. Cantáronse esta

mañana tres misas con gran solemnidad; y de rezadas en los seis altares un gran número. No fué menor el concurso de la tarde; sino mayor y así resultaron de él algunas heridas por no poder menos los soldados de la guarda.

Empezaron esta tarde los Consejos a besar la mano al Rey N. S y a la Reina N. S.; y por no detenerlos toda una tarde en esta función, en tiempo de tanto disgusto, se resolvió que fueren cada tarde dos Consejos; y así este día fueron el de Castilla y Aragón; en la tarde siguiente los otros consecutivamente, de dos en dos cada tarde. El Rey estaba en brazos de su aya con capuzchia y bonete de tafetán, más cortés que lo será por el tiempo adelante, si Dios le diere la vida que sus vasallos deseamos. Porque en calentándole la cabeza, quitaba el bonete y lo echaba al suelo. Solamente con el Embajador de Francia se portó con más advertencia, que todo en semejantes Príncipes es muy misterioso; porque estando haciendo su arenga, dándole el pésame de la muerte de su padre y la norabuena de su sucesión, se le encendió un poco la cabeza y dijo al Embajador: ¡Descúbrete! El obedeció y como le vió descubierto, se quitó el bonete y lo arrojó; no queriendo quitarlo hasta que vido al francés descubierto.

También esta tarde se juntó la Junta de los cuatro Asistentes y juraron y besaron la mano a Sus Majestades. Volvió la Imagen de N. S. de Atocha a su convento con procesión general, acompañada de las Religiones y clero a la villa, arrastrando capuces, con innumerable multitud de luces y concurso del pueblo.

Este mismo dia, a la una de la tarde murió en Toledo el Eminentísimo Cardenal de Moscosso, Arzobispo de aquella Santa Iglesia, con justo y general sentimiento de todos; y si en este estado de cosas, fuere cierta la nueva de la muerte del Papa, no estando aún levantados pendones por el Rey N. S., que es la posesión actual que se da a los Reyes, se daba caso en que, en este Arzobispo de Toledo, no hicieren memoria los sacerdotes en el cánon de la Misa, ni de Papa, ni de Rey, ni de Arzobispo.

Sábado día de San Juan Januario, mártir, estuvo en la misma forma el cuerpo del Rey N. S. (que esté en el Cielo) que el día antecedente; de suerte que ni los criados suyos podíamos penetrar, ni los soldados de la guarda hacernos camino. Cantáronse otras tres misas en el discurso de aquella mañana y dijéronse otras muchas rezadas y hicieron su función algunas Religiones, que no pudieron hacerla el día antecedente. En esta forma se estuvo hasta las diez de la noche, que fué la hora en que sacaron el cuerpo de Palacio para ser llevado al Real Convento de San Lorenzo del Escurial, como lo fué en unas andas con cuatro faroles del

Parque, asistido de doce religiosos de cada Religión de las que suelen acompañar los entierros, a caballo con hachas, y de la Capilla Real a cargo del Patriarca; de muchos Grandes, Títulos y criados del Rey N. S., con grande número de hachas, que llevaban sus lacayos; llevando los Monteros la Corona y cetro y por guarda, la Vieja que llaman de Lancilla. Excedió en este acompañamiento a todas, la ostentación del Duque de Medina de las Torres, que el mismo día de la muerte del Rey se mudó del Palacio a su casa, en la calle Mayor, de donde salió a caballo, acompañado de muchos parientes; amigos y grande cantidad de criados delante, cubiertos todos de luto y los caballos también; y con numeroso acompañamiento de lacayos, por la tarde atravesó la Corte hasta Palacio, sin duda con autoridad grande; y en esta forma acompañó después el cuerpo de S. M. hasta San Lorenzo.

Sabemos hasta ahora por mayor que en el R. Convento se hizo con la majestad que suelen aquellos santos religiosos la función y con las prevenciones y direcciones que para semejantes días les dejó el Sr. Rey Don Felipe Segundo; pero la forma e individualidad de este acto no ha llegado hasta ahora a mi noticia, porque no he hablado hasta este punto más que con un criado de los que han vuelto; y esta tarde empiezan a entrar los otros y platicando con ellos, podré hacer la añadidura que falta a esta relación; así del acompañamiento como del entierro en el Real Panteón, obra del Rey N. S., que esté en el Cielo, y digna de guardar su cuerpo, como ya guarda los de sus gloriosos predecesores, padre, abuelo y bisabuelo.

Esto es, señor, lo que puedo advertir para formar esta relación; y si la curiosidad y atención con que me apliqué a hacerla y a reparar en lo que se ofreció en aquellos días hubiera caído en otro sujeto, pudiera salir más bien dispuesta y más cumplida; pero remito a V. E. lo que puedo, ya que no puedo remitir lo que deseo. Resta solamente decir a V. E. en pocas palabras el estado en que queda esta Monarquía por muerte del Rey N. S. (que esté en el cielo) para que no sean todos desconsuelos; queda, Señor, en las manos de Dios, sin tener otra consideración a que recurrir; pues si esto es así, ¿de qué nos desconsolamos y de qué nos afligimos? No tuvo Jesucristo, nuestro bien, otra guarida más segura para su espíritu que las manos de su Eterno Padre. En esas mismas puso ahora a la Monarquía de España; y es razón que esperemos la restituirá en su antigua gloria; que acá abajo tenemos por Rey a un Carlos, cuyo nombre nos confirma en estas esperanzas y que resucitará el valor y la dicha de su tercero abuelo. Si la heregía quisiere alzar la cabeza, Carlos tenemos que ponga el pie en el pescuezo a los potentados de Alemania; si los rebeldes perseverasen en su rebeldía,

Carlos tenemos, que con su sólo nombre los reduzca; si el Turco se atreviere a la Cristiandad, Carlos tenemos que le ponga en fuga, si el Rey de Francia quisiere salir de los límites que le prescribió hasta la misma naturaleza, Carlos tenemos que le traiga de los cabezones a esta Corte; y viva está aquí la Torre en que otro Carlos encerró a otro Rey de Francia. Lo que nos falta a los españoles es la confianza en Dios; y lo que nos sobra es el descaecimiento. Alentémonos todos; que poderoso es El para levantar de estas piedras hijos de Abraan; y cierto que lo somos en la Fe, como vasallos de una Monarquía, que es el brazo derecho de la Iglesia Católica; y pues este fundamento es tan cierto, resucitemos también el valor de nuestros antepasados y aún de los que conocimos, que supieron dar leyes al mundo y enfrenar, en servicio de sus Reyes, a los émulos de su grandeza. Así lo espero, y cual Rey N. S. le ha de alcanzar muy de lleno la última bendición de su padre, que a la hora de su muerte quiso mortificarse con el título de poco afortunado para dejarla (con la bendición de Dios y la suya) en herencia, la dicha. Guarde Dios a V. E. como puede y deseo. Madrid a 21 de Septiembre de 1665.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su mayor servidor, Hermano Mascareñas, Obispo Electo de Leiria.»

Por la copia,

José María Capazzós.